

Meditaciones de un nonagenario

Fernando Sánchez Torres



**UNIVERSIDAD
CENTRAL**

Comité Institucional de Publicaciones

Fernando Sánchez Torres (presidente)
Óscar Leonardo Herrera Sandoval
Paula Andrea López López
José Augusto Galvis
Luz Ángela González

Rector

Jaime Arias Ramírez

Vicerrector académico

Óscar Leonardo Herrera Sandoval

Vicerrectora administrativa y financiera

Paula Andrea López López

Vicerrector de programas

Jorge Hernán Gómez Cardona

ISBN (impreso): 978-958-26-0494-3

ISBN (PDF): 978-958-26-0496-7

Primera edición: 2022

© Autor: Fernando Sánchez Torres
© Ediciones Universidad Central
Carrera 5 n.º 21-38, Ed. Lino de Pombo, piso 1
Bogotá, D. C., Colombia
PBX: 323 98 68, ext. 1556
editorial@ucentral.edu.co

Catalogación en la Publicación Universidad Central

Sánchez Torres, Fernando, autor.

Meditaciones de un nonagenario / autor Fernando Sánchez Torres -- Primera edición
-- Bogotá : Ediciones Universidad Central, 2022.
396 páginas.

ISBN: 978-958-26-0494-3 (Impreso)

ISBN: 978-958-26-0496-7 (PDF)

1. Biografía - Aspectos morales y éticos 2. Ciencia - Aspectos morales y éticos 3. Eutanasia - Aspectos morales y éticos - 4. Religión y moral 5. Muerte - Aspectos religiosos II. Comité Institucional de Publicaciones. Universidad Central (Bogotá, Colombia).

170.92 – dc23

PTBUC/08-04-2022

Preparación editorial

Editorial - CRAI

Editor: Héctor Sanabria Rivera
Gestor editorial: Nicolás Rojas Sierra
Diseño y diagramación: Patricia Salinas Garzón
Corrección de textos: Javier Carrillo Zamora y Angie Bernal Salazar

Ilustración de cubierta: Fernando Sánchez Torres, "Recordando la pintura de Van Gogh *El doctor Gachet*. Autorretrato".
Óleo sobre lienzo, 80 x 70 cm, 2020.

Publicado en Colombia • *Published in Colombia*

Prohibida la reproducción o transformación total o parcial de este material por cualquier medio sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

... a mis padres,
a mis descendientes...

Fernando Sánchez Torres

El autor de este libro, nacido en Bogotá, es bachiller en Filosofía y Letras de la Universidad Libre y doctor en Medicina y Cirugía de la Universidad Nacional de Colombia, donde se especializó en Ginecobstetricia. En su *alma mater* ocupó el cargo de rector y el de decano en la Facultad de Medicina. Académicamente escaló a la categoría de Profesor Titular y le fue otorgada la distinción de Profesor Emérito; más tarde recibió la de Profesor Honorario. Pertenece a varias sociedades científicas nacionales e internacionales. Es Miembro Honorario y Académico Ejemplar de la Academia Nacional de Medicina, de la que fue su presidente. Es Miembro Fundador de la Sociedad Colombiana de Historia de la Medicina y del Instituto Colombiano de Estudios Bioéticos. Ha sido distinguido con los títulos de Excelencia de la Medicina Colombiana y Maestro de la Ginecobstetricia Latinoamericana.

Ha sido durante muchos años columnista de opinión del diario *El Tiempo* y ha escrito más de un centenar de artículos científicos en revistas nacionales y extranjeras. Además, es autor de catorce libros, entre ellos el presente.

Contenido

Palabras liminares.....	15
Nuevas palabras liminares.....	20
1. Acerca de la vida	27
Un telón de fondo.....	28
Origen del cosmos.....	30
Origen de la Tierra y de la vida	31
Cuándo, dónde y cómo apareció el hombre	35
Intimidaciones del origen de la vida humana.....	38
¿Cuándo se inicia la vida humana?	41
La manipulación del origen de la vida humana....	43
El aborto deliberado como conflicto ético.....	44
La vida como un espacio de tiempo.....	50
El futuro de la vida	54
Una conspiración contra la vida digna.....	56
Incertidumbre sobre la vida en Colombia	59
Más acerca de la vida	61
2. Un poco de bioética	71
Orígenes de la bioética.....	72

¿Qué es la bioética?	74
Ética y bioética	81
Sobre la paz y la felicidad.....	84
¿Qué hacer para alcanzar la verdadera paz?	88
En busca del hombre bueno.....	91
3. Acerca de Dios y la religión	95
Explicación válida.....	95
Dudas que atormentan.....	99
Dios, origen de las religiones	100
Por qué las dudas.....	105
Por qué la necesidad de Dios.....	109
Religión y ciencia	111
El misterio del alma	116
Alma, espíritu y conciencia.....	120
Un hombre llamado Jesús	126
Apolonio de Tiana, un Jesús pagano.....	132
El Cristo que yo admiro.....	134
Sócrates y Jesús.....	136
Más acerca de Dios y la religión	142
4. Algo acerca del arte	147
Qué es el arte	147
Quién es el artista	150
El arte para minorías	154
El arte revolucionario.....	156
Arte, sociedad y cultura	163
El arte como profesión y el valor de las obras de arte.....	171
Mis escauceos como pintor	175
Un poco de poesía	178
5. Sobre los médicos y la medicina	187
Quién es y cómo debiera ser el médico	187

El médico humanista, hominista y humanitario....	191
El médico virtuoso	196
El médico mercantilista.....	202
El médico doctor.....	203
Papel de las escuelas de medicina.....	204
El acto médico	208
La relación médico-paciente.....	210
Respeto mutuo.....	211
Consentimiento para actuar	212
Qué y cuánto debe informar el médico.....	212
El paternalismo médico.....	213
La mentira piadosa.....	217
El secreto profesional	218
Fin de la relación médico-paciente	220
Meditación triste	222
Qué es hoy la medicina y cómo será la de mañana	226
Males derivados del progreso médico	232
Algo más sobre los médicos.....	237
6. La homosexualidad	241
Por qué este tema.....	241
Glosario de términos relacionados.....	243
Referente histórico	244
Referente jurídico o legal	246
Referente médico.....	247
Referentes no biológicos	254
Sida y homosexualidad.....	260
7. La mujer, meditación obligada	261
Por qué la mujer	261
Un clavel para las madres	263
La mujer madre.....	264
Meditaciones acerca del nacimiento.....	266

Algunas costumbres femeninas autóctonas	270
De la mujer chibcha a la mujer actual	276
La liberación femenina	278
La liberación sexual	282
Falocracia versus ginecocracia	287
¡Qué desdicha ser mujer!.....	288
La discriminación gramatical de género.....	289
Las mujeres médicas	292
La muerte de la familia	297
La mujer máquina.....	301
La mujer, objeto erótico	304
Meditación final.....	306
Algo más sobre la mujer	307
8. La vejez	313
La vejez, un honor costoso	313
¿Es la vejez una enfermedad?.....	315
La demencia senil	318
¿Cuándo se es viejo?	321
En busca de la eterna juventud	326
El cuidado del anciano	331
El anciano jubilado	338
Meditación final: la mismidad.....	340
Algo más sobre los viejos.....	342
9. En torno a la muerte.....	345
La muerte, un enigma	345
La muerte y la filosofía.....	347
La muerte como hecho biológico.....	348
La muerte como hecho social	351
La dimensión escatológica de la muerte	354
La muerte acelerada.....	356
La muerte interrumpida.....	357

Entender la muerte.....	361
Los médicos y la muerte	363
La muerte y los médicos	364
La medicina y la muerte hoy.....	367
¿Un epitafio?.....	371
Más acerca de la muerte	373
10.El médico y la eutanasia.....	377
Meditación a manera de preámbulo	377
La misión del médico.....	378
La eutanasia ante la ley colombiana	381
Mi posición frente a la eutanasia legalizada.....	383
Criterio medieval	387
Agonía y muerte	390
La autonomía médica	391



Nota del editor

Las meditaciones nuevas, añadidas a las registradas diez años atrás, se distinguen con el arabesco que encabeza esta nota y se presentan en párrafos más angostos. Las observaciones nuevas insertas en los textos anteriores se encuentran en notas al pie de página, identificadas como notas de la nueva edición.

Palabras liminares

Nota bene

Un antiguo dicho rabínico rezaba que un libro sin introducción es un cuerpo sin respiración. Tómense, pues, mis palabras liminares como la respiración de este montón de páginas.

Inmerso ya en un nuevo milenio y a punto de expirar el primer decenio del siglo **xxi**, me sorprende la llegada de mis ochenta años de vida. Nunca pensé llegar tan lejos. Ingreso, entonces, a la selecta y reducida cofradía de los octogenarios, que es, sin duda, un señalado privilegio, más aún hallándome en pleno goce de mis facultades mentales. Como cualquier joven avisado, recuerdo episodios del pasado con asombrosa fidelidad; me percató del hoy a consciencia y alcanzo a entrever acontecimientos en el futuro, ese algo que no es todavía.

Aprovechando tal fortuna, me aventuro a pensar en voz alta sobre asuntos que me han atosigado y me han llevado a meditar. Advierto que no voy a contar mi vida. Retazos de

ella quedaron consignados en *Recuerdos dispersos* (2004). Lo que pretendo ahora es dar a conocer mi pensamiento sobre otros temas de mayor importancia.

No todo lo que me ha preocupado podrá ser registrado. Ochenta años son 960 meses, 28 800 días... Imagínense, lectoras y lectores amables, cuántas cosas notables habrán concitado mi atención en ese prolongado lapso. La vida, cuanto más tiempo la vivamos, más tiene que mostrarnos y enseñarnos, si somos espectadores atentos.

Mirando la vida desde la cumbre de los ochenta años debo aceptar que soy un cúmulo de datos y vivencias, algunos imposibles de evocar por estar perdidos entre las brumas del tiempo y el espacio. El comportamiento de la memoria con respecto a lo vivido es un fenómeno extraño, incomprendible. Hay pasajes de la niñez que se reviven como si hubiesen ocurrido ayer. Contrariamente, otros, vividos ayer, cuesta trabajo o es imposible rescatarlos. Para Borges, la memoria está hecha de olvidos. De todas maneras, la suma de lo revivido es lo que me da autoridad para afirmar que “yo existí”; todavía más: “que existo”, como un ser autoconsciente único, lo cual —al decir del científico John Eccles— es un milagro. Tener conciencia de ello (de que se existe) es lo que nos hace humanos¹. En el momento en que nos sea imposible re-crearnos con los recuerdos —hacer presente lo pasado—, habremos dejado de existir, pese a que el corazón palpita y los riñones produzcan orina.

Escribía bellamente el pensador antioqueño Luis López de Mesa que es la senectud una etapa de silencios, donde

1 A propósito, a veces pienso si lo mismo ocurre en los animales o, por lo menos, en algunos de ellos.

solo parpadea velada lámpara de reminiscencias remotas. Yo añadiría que esa etapa de silencios no solo sirve para recordar, sino también para meditar, siempre y cuando la vejez no se acompañe de decrepitud mental. Como tal lastre no va conmigo, medito con frecuencia, en especial en las noches de insomnio, que, por lo consuetudinarias, me son familiares y hasta necesarias, advirtiéndome que meditar no es pensar en blanco, como creen los intelectuales perezosos.

Tanto la introspección (mirar hacia adentro) como la meditación (reflexionar con profundidad) requieren dos condiciones: tener motivación para hacerlo y contar con un ambiente propicio. Los motivos que dan lugar a una y otra suelen ser serios, graves, preocupantes; el ambiente lo crean el silencio y la soledad. Esta última es la expresión máxima de la privacidad, de sabernos independientes y dueños de nuestro propio yo, de sentirnos libres. En los momentos de soledad es cuando podemos pensar con hondura y reflexionar con la solitaria compañía de nuestra conciencia. A veces me pregunto si Rousseau tendría razón cuando afirmaba en sus *Confesiones* que el estado de reflexión es contranatural y que el hombre que medita es un animal depravado.

Debido quizás a que desde niño me ha sido grato leer (me considero un “bibloadicto”), no me es difícil escribir, sobre todo en las madrugadas silentes, cuando son muy pocos los distractores externos. Aprovechando la vigilia, la soledad y el silencio cómplices, me he propuesto recoger en el papel algunas de mis meditaciones, alimentadas por el maná extraído de mis lecturas. Espero que tales reflexiones encuentren lectores atentos y pacientes, lo cual halagaría con creces mi vanidad de escritor.

Escribir apareja una delicada y doble responsabilidad: con la conciencia del escritor y, en virtud del debido respeto, con la de los potenciales lectores. Escribir para uno mismo no tiene sentido; es como pintar o componer música para solaz propio. La escritura es una forma de creación que debe ser sometida al escrutinio de los otros. Debe tener siempre un destinatario, con frecuencia desconocido, que viene a ser como un juez sin rostro. La conciencia de este es la que hay que respetar.

De seguro, algunos de mis lectores serán médicos. Ellos encontrarán en las páginas que siguen reflexiones acerca de la profesión, en buena parte expuestas a lo largo de mi prolongado ejercicio docente, académico y periodístico. Alejado ya de sus quehaceres, la medicina continúa siendo para mí motivo de acicate y preocupación. Por ello, los temas médicos ocupan espacio preferencial.

Fui médico, pero no fui ajeno a otras disciplinas intelectuales, algunas de verdad trascendentes. Siempre mantuve presente el acertado diagnóstico de Letamendi, médico y escritor español del siglo XIX: “El médico que solo medicina sabe debe dar por seguro que ni siquiera medicina sabe”. Al exponer la manera como veo los disímiles asuntos que mucho me han inquietado, busco darles rienda suelta a esos pensamientos contenidos, sin intención de que sean comprendidos. Decía el filósofo rumano Emil Cioran que la desgracia de ser comprendido es la peor que puede abatirse sobre un autor. Me basta con que se sepa cuál era mi visión sincera de aquellos (¿le importará a alguien?), sobre todo cuando es probable que no tenga otra oportunidad para divulgarla. Bien podría denominar *ensayos* a mis meditaciones, siguiendo a Michel

de Montaigne, creador de este género literario, pues al dar a conocer su miscelánea de escritos registró la siguiente advertencia: “Estos son mis conceptos y mis opiniones. Los presento como lo que creo, no como lo que se debe creer”. De igual manera, podría tomar prestadas las palabras suyas que figuran en el prólogo: “Este libro está dedicado al particular solaz de parientes y amigos”, pues —en mi caso— el círculo de mis lectores seguramente no irá más allá.

He procurado esquivar las zancadillas idiomáticas e históricas con las que a veces la titubeante memoria nos hace pasar malos ratos a los escritores viejos. No obstante, es posible que haya caído en lapsus o dislates que serán descubiertos por los lectores acuciosos. A ellos y a todos desde ahora les ofrezco disculpas.

Por último, y a manera de advertencia final, debo decir que nada hay de original ni novedoso en estas meditaciones. Todos los temas han sido ya tratados a profundidad por autoridades en tales materias. Además, a los ochenta años también otros se han desfogado intelectualmente, han echado a rodar sus restos cerebrales. Entonces, ¿para qué repetir lo que otros ya hicieron? Esa pregunta me la hice cuando se me ocurrió dar cauce a un cúmulo de ideas que me desasosiegan, arrinconadas en mis viejos y serpentinos sesos. “¡Nada!” —me dije—, “voy a abrirles la puerta, que su fluir no va a perjudicar a nadie; en cambio, pueden serle útiles a uno u otro de los que se aventuren a ponerles atención. ¡Adelante, pues, meditaciones mías, que yo asumo las consecuencias!”

Bogotá, 14 de junio de 2010



Nuevas palabras liminares

¡Qué desafortunada coincidencia! Mi cumpleaños nonagenario me encontró en confinamiento obligado en mi casa debido a la inclemente pandemia de covid-19, que hace cinco meses llegó a nuestro país proveniente seguramente de Europa, aunque su origen se ubica en la ciudad china de Wuhan, donde a finales del 2019 se advirtieron los primeros casos. ¿Cómo apareció el virus etiológico? No se sabe a ciencia cierta, pero lo más seguro es que no fue por generación espontánea. Se afirma que el vector fue un murciélago. Algunos culpan a científicos chinos de haberlo creado; es decir, sería un engendro de laboratorio.

Su identificación como agente infeccioso del género de los coronavirus fue fácil, pues desde la década de 1960 se sabía que existían virus con esa morfología, según una noticia curiosa y poco conocida: una chica escocesa de 16

años, June Hart, comenzó a trabajar como técnica de laboratorio en un hospital de Glasgow. Cuando tenía 24 años, se mudó a Canadá, donde fue contratada como técnica de microscopio en el Instituto de Cáncer de Ontario. Por su experiencia, se le ofreció formar parte del equipo de la Escuela de Medicina del Hospital St. Thomas. Allí descubrió una clase de virus que fue clasificada como *coronavirus*. El virus que hoy tiene consternado al mundo pertenece a esta familia. En Colombia, hasta la fecha —14 de junio— se han registrado 50 939 casos y 1 667 muertes.

Mi edad avanzada hace recomendable mi confinamiento, al igual que el de mi esposa. A los bien viejos se nos denomina “abuelitos” de manera eufemística, quizá pensando que llamándonos así nos vamos a sentir menos viejos. Dado que los abuelitos somos una población muy vulnerable al virus que ha hecho presa de la humanidad, se nos segrega bien para no contagiarnos. Este inesperado aislamiento ha sido propicio para meditar, para recoger vivencias del último decenio, seleccionarlas, reflexionar en torno a ellas y llevarlas al papel con el título de *Meditaciones de un nonagenario*.

Hace diez años, en la presentación de *Meditaciones de un octogenario*, registré que nunca había pensado llegar tan lejos cargado de tantos años. Ahora, a los noventa, me asombro de que fuera aún mayor la hazaña. Han sido 120 meses más, 3 650 días más, y estoy vivo, lúcido, sintiendo —lógico es— el natural desgaste físico. Pienso bien, luego existo. Eso es lo admirable.

En ese tiempo extra he acumulado nuevas vivencias y he olvidado otras. Mi cerebro, que es como un palimpsesto,

ha borrado muchas —la mayoría basura— y ha conservado otras pocas, que considero maná y que son el meollo de mis meditaciones nonagenarias.

Mi intención al publicar *Meditaciones de un octogenario* fue dar a conocer asuntos que me habían atosigado y motivado a meditar. Me sinceré y dejé al desnudo mi pensamiento sobre distintos temas, algunos de ellos espinosos y vidriosos por lo delicados, como la existencia de Dios y la muerte. Lo hice ante la perspectiva de que podría desaparecer de este mundo en un corto plazo y quería dejar a la posteridad mi cuaderno de bitácora abierto, a la vista. Pues bien, el destino me dio la oportunidad de alargar mi travesía mundanal y yo tuve el cuidado de continuar registrando aquello que consideraba de interés, susceptible de incidir sobre mi manera de pensar.

Siendo así, *Meditaciones de un nonagenario* es una especie de anexo de *Meditaciones de un octogenario*. Se trata de vivencias dignas de mención, almacenadas durante el reciente viaje de adehala que emprendí durante dos lustros, aprovechando que sigo alerta, estoy activo mentalmente y medito. Releo libros, particularmente aquellos que me cautivaron en mi mocedad y en mi madurez, leo uno que otro de reciente aparición y navego en Google, que es una fuente inagotable para saciar mi curiosidad intelectual. Espero no defraudar a quienes deseen conocer el curso que siguió mi pensamiento entre los ochenta y los noventa años de edad, y advierto que estas meditaciones —ahora sí— ponen punto final a mi cuaderno de bitácora.

Pero déjenme contarles que la aparición de este libro no va a coincidir con mi nonagésimo cumpleaños, como yo

tenía planeado. Sin quejarme, por entender que es una situación sui géneris, el bendito coronavirus impidió que ingresara al exclusivo club de los nonagenarios apenas cumplidos los noventa; exclusivo por ser la edad el único requisito y porque muy pocos tenemos el privilegio de exhibir esa credencial. Para celebrar tan señalada efeméride (14 de junio) mi tribu había dispuesto imitar la boda de Camacho que relata Cervantes en su *Quijote*: liebres y gallinas, pájaros de caza de diversos géneros, zaques de más de dos arrobas cada uno, todos llenos de generosos vinos. Sin embargo, por el confinamiento obligado, quedamos “con los crespos hechos”. Frente a tan grande frustración, propuse que este año, negro y desapacible, no fuera tenido en cuenta y trasladáramos mejor la celebración para el 2021; la propuesta fue acogida por unanimidad. Siendo así, hube de aplazar mi ingreso al club de los nonagenarios hasta el año próximo, si para entonces ya ha podido controlarse la covid-19 y si continúo vivo. Con *Meditaciones de un nonagenario* ocurre lo mismo: aplazo un año más su aparición.

Bogotá, 14 de junio de 2020



Nota bene

Tampoco en el 2021 pudieron celebrarme mi cumpleaños ni yo pude dar a luz las anunciadas *Meditaciones*. La pandemia está en todo su apogeo, y entre las recomendaciones de las autoridades sanitarias se

mantiene la de no hacer reuniones. A pesar de que fui vacunado, la prudencia recomienda seguir usando el tapabocas y conservar el aislamiento. Creo que no debo dilatar más la aparición de esta obra, por lo que la publicaré en el transcurso del presente año, no obstante los contratiempos y zozobras que ha traído consigo la malhadada pandemia.

Creo que bien puede tener cabida en este momento la experiencia vivida con el proceso de mi vacunación, pues estuvo precedido de preocupantes meditaciones. Transcribo a continuación lo que escribí para el periódico *El Tiempo* en columna del 19 de marzo de 2021:

Cuentan las páginas de la historia de la medicina que Guillaume Dupuytren, gran maestro de la cirugía francesa de principios del siglo XIX, vio gravemente afectada su salud por causa de cólicos hepáticos. Presurosos acudieron en su ayuda los más ilustres profesores del momento, quienes, reunidos en junta médica, luego de un cuidadoso examen y de profundas disquisiciones, conceptuaron que era indispensable someterlo a una cirugía de urgencia. Para entonces, un acto quirúrgico de esa naturaleza aparejaba una alta mortalidad. Informado de cuál había sido el veredicto, Dupuytren expresó solemnemente: “Os agradezco vuestros solícitos servicios, pero ante esa alternativa, prefiero morir de la mano de Dios y no de la mano de los hombres”. A los pocos días todo París lloraba la muerte del legendario cirujano.

Traigo a colación esta luctuosa anécdota frente a la amenaza de la covid-19 y a las recomendaciones de mis médicos. Sé bien que dicho virus es un verdadero basilisco, oculto en cualquier parte, dispuesto a dar su zarpazo en el momento menos esperado. Es implacable con quienes, por el cúmulo de años, somos piezas de museo y, por eso, demasiado frágiles. Para contrarrestar su virulencia, los hombres de ciencia, con increíble diligencia, fabricaron vacunas como arma salvadora. Ha sido fácil estar al tanto de todo lo relacionado con ellas: qué son, cómo actúan, quiénes las fabrican, qué tan confiables son, cuánto cuestan... Cualquiera habla de ellas con propiedad.

Hay algo cierto sobre las vacunas anticovid-19: aún no han sido sometidas al implacable veredicto del tiempo, tan importante en este tipo de agentes salutaríferos. [...] No obstante desconocerse la real eficacia de las vacunas por no haber transcurrido el tiempo suficiente para juzgar su verdadera bondad, la angustia de los compradores ha llevado a dar un voto de confianza ciega a los fabricantes, lo cual es de verdad insólito.

El anterior preámbulo tiene como propósito ambientar el relato de mi experiencia con la vacuna covid-19. Con una gran carga de escepticismo, de reserva sobre la bondad de ella, me pregunté: “¿Sigo el ejemplo de Dupuytren dejándome morir de la mano del Destino y no de la mano de los científicos?” Me respondí: “¡No me dejaré operar!”, es decir, “¡no me dejaré vacunar!” De mi EPS me comunicaron que estaba programado para el 9 de marzo y que la vacuna que me

aplicarían sería la china. Poseía información de que no estaba ensayada en personas mayores de 60 años y de que su efectividad era del 50%. No tenía salida: o la toma o la deja.

Contrariando mi escepticismo, y poniéndome el “velo de la ignorancia”, acudí a la cita, que fue una vivencia existencialista. Buena parte de los candidatos a vacunarse nos movilizábamos apoyados en un bastón o del brazo de alguien, y los demás en silla de ruedas. De una venerable anciana que estaba a mi lado supe la edad porque la persona que la acompañaba, cuando se lo preguntaron, dijo que había nacido en 1917. Es decir, tenía la friolera de 104 años. En algún momento se dirigió a su acompañante y le dijo: “Mijo, ¿qué estamos haciendo aquí?” Otro de mis vecinos, quizá por temor al pinchazo, o por hipoglicemia, o por un infarto, se desmayó y se lo llevaron en ambulancia. Pero la constante eran rostros arrugados en los que se reflejaba ansiedad esperanzadora. Queríamos seguir viviendo, haciéndole el quite a la fiera covid-19, confiados en la vacuna.

14 de junio de 2021



1. Acerca de la vida

Teniendo en cuenta el sentido amplio que encierra la palabra *vida*, su significado es complejo. Resulta entendible que tenga muchas acepciones; el *Diccionario de la lengua española* recoge una veintena. Todos creemos saber qué es, pero si se nos pide que la definamos, entramos en divagaciones.

Para sumergirme en esta meditación, interpretaré la vida de dos maneras: una, como “la fuerza o actividad interna sustancial, mediante la cual obra el ser que la posee”; otra, como “el espacio de tiempo que transcurre desde el nacimiento de un animal o un vegetal hasta la muerte”.

Así las cosas, reflexionar sobre la vida apareja una serie de interrogantes, muchos de ellos sin respuesta válida, pese a ser inquietudes antiquísimas, de raigambre ancestral, que el hombre siempre ha tenido. Esas dudas han dado pábulo para especular, para deambular en el mundo de los misterios insondables. Para muchos filósofos y poetas esos misterios han sido causa de angustia suprema, de desazón existencial, a tal punto que algunos han terminado locos y otros han puesto fin a sus vidas. En su última novela de ficción (*El sím-*

bolo perdido, 2009), Dan Brown se ocupa de este asunto. La investigadora Katherine Solomon, utilizando la ciencia noética, encuentra respuesta a preguntas filosóficas del siguiente calibre: ¿Alguien escucha nuestras oraciones?, ¿hay vida después de la muerte? o ¿tiene alma el ser humano? Develados estos y otros misterios similares, los escépticos se convertirían en creyentes. Ficción, al fin y al cabo.

Un telón de fondo

Antes de entrar a meditar acerca de la vida humana —que es la que de verdad me interesa—, creo prudente poner el telón de fondo adecuado, es decir, mostrar lo que había antes de ella y al momento de iniciarse. Hoy disponemos de abundante documentación al respecto, producto de investigaciones serias. Mi consultor de cabecera para recorrer el velo de dudas que me ha acompañado acerca del origen del mundo y de la vida no es —como para los buenos creyentes— el primer libro del Antiguo Testamento (el Génesis), donde se registra que el Universo completo fue creado en una semana. He acudido a distintos informantes del campo de las ciencias. Quien mejor me ha ilustrado es el premio nobel de medicina de 1974, el belga Christian de Duve, autor del libro titulado *Polvo vital: el origen y evolución de la vida en la Tierra* (1995). Es una fuente de información densa y consistente, que pretende —como lo dice el mismo autor— “rastrear la historia de la vida en la Tierra, con sus cuatro mil millones de años, desde las primeras biomoléculas hasta la mente humana y aún más allá”. A fe que ese rastreo abre los ojos y alimenta la curiosidad de quienes lo lean, no obstante

que parte de lo allí expuesto sea poco comprensible para quienes no conozcan a fondo los intrínquilos de la química y la biología.

La Tierra comenzó a condensarse a partir de una nube de gas y partículas hace aproximadamente 4500 millones de años, y el ancestro común de la vida apareció entre los 500 y los 700 millones de años siguientes. No faltan quienes aseguran que la vida tuvo origen extraterrestre, que surgió en el espacio mediante un proceso extremadamente lento. Esta tesis, aún en controversia, no es de tanto peso como para negar la posibilidad de que la vida nació aquí, en la Tierra.

Como es lógico, el telón de fondo no es solo el planeta Tierra; es el Cosmos, el Universo, ese mundo imposible de imaginar y describir. La Tierra es uno de los muchos planetas existentes, un insignificante grano de arena en las playas del Universo, un pequeñísimo fragmento de la galaxia denominada Vía Láctea. Existen miles de millones de galaxias semejantes a esta y cada una contiene a su vez millones, ¡qué digo!, trillones de estrellas. Pese a carecer de pruebas, se sospecha que puede haber otros planetas habitados o, por lo menos, habitables. Quizá la vida no sea patrimonio exclusivo del planeta que nos correspondió en suerte habitar. “Para probar que no estamos solos –decía el científico norteamericano Clair Edwin Folsome–, tenemos que ir a las estrellas o traerlas aquí”. Por su parte, el también norteamericano Mahlon Bush Hoagland escribió que “es muy pequeña la probabilidad de que existan en algún lugar del Universo criaturas parecidas a nosotros. La probabilidad de vida es grande, pero la probabilidad de vida próxima al hombre es muy pequeña”.

Origen del Cosmos

Tal como tratan de explicarlo los científicos, el origen del Cosmos más parece un relato fantasioso que un suceso digno de crédito. Se dice que el Universo estaba constituido por un único punto o “átomo primitivo” (me recuerda el “Aleph” de Borges y el “punto omega”, que es el nombre científico que el jesuita Pierre Teilhard de Chardin le da a Dios) cuando ocurrió un gran estallido (el Big Bang) que dio inicio a la expansión de la materia y a su posterior organización. Se deben al famoso astrónomo belga Georges Lemaître y al astrofísico norteamericano George Gamow las teorías del “átomo primitivo” y de la “gran explosión”, respectivamente. En 1973, el astrofísico sueco Hannes Alfvén (premio nobel de Física) dudaba acerca de esta versión. Transcribo sus palabras, tomadas de la obra *Origen y evolución del universo*:

El Big Bang es un mito que merece un puesto de honor en el cementerio que alberga el mito indio del universo cíclico, el huevo cósmico chino, el mito bíblico de la creación en seis días, el mito cosmológico de Ptolomeo y muchos otros. No sacaremos ningún beneficio si ponemos otro mito en su lugar.

Transcurridos siete lustros de haberse pronunciado este escéptico concepto, muchas otras observaciones científicas han reforzado la teoría de que el Big Bang sí ocurrió, de que no es un mito más. Tan seguros están de ello los buscadores de la verdad que han montado un gigantesco taller (un remedo del laboratorio celestial) para reproducir aquel fenómeno cósmico y, así, comprender por fin el origen del Universo.

En 1995 se aprobó la construcción del llamado *Gran Colisionador de Hadrones* —es decir, de partículas atómicas y subatómicas— o LHC (por su sigla en inglés), expresión de la soberbia de los hombres de ciencia. Su objetivo es detectar la partícula conocida como el *bosón de Higgs* o la *partícula de Dios*, que es como el eslabón perdido para darle vida a la teoría de la gran unificación. Para ello se espera reproducir los eventos ocurridos durante e inmediatamente después del *big bang* o el inicio de la expansión (se calcula que ocurrió hace más o menos 15 000 millones de años). El LHC es el acelerador de partículas más grande y energético del mundo. En su construcción han participado más de dos mil físicos de 34 países dentro del marco de la Organización Europea para la Investigación Nuclear. El acelerador está ubicado en un túnel de 27 kilómetros de circunferencia y 100 metros de profundidad localizado cerca de Ginebra, en la frontera franco-suiza. El presupuesto destinado a tan deslumbrante y ambiciosa investigación fue de 660 515 000 euros. Finalizando noviembre de 2009 entró en funcionamiento y tres días después ocurrían las primeras colisiones de partículas.

Origen de la Tierra y de la vida

En la Biblioteca Salvat de Grandes Temas hay un volumen (*La formación de la Tierra*) donde se pasa revista al origen y la evolución de la Tierra, proceso aún nebuloso. Al decir del físico Stanley Keith Runcorn, la tesis más aceptada es la de que el Sol en un principio se formó por condensación debida a la gravitación y, después, la nube de polvo que giraba alrededor suyo se fraccionó en trozos a partir de los cuales se

formaron los planetas, entre estos la Tierra. Sencillo, ¿verdad? En la realidad, se calcula que ese proceso físico-químico llevó millones de años.

El científico ruso Alexander Oparin, con el título de *El origen de la vida*, puso en circulación en 1923 un libro contentivo de sus tesis al respecto. Para él, las sustancias químicas —o materia orgánica— fueron anteriores a la formación de la Tierra. En un principio, el carbono se encontraba disperso en átomos sueltos por la atmósfera incandescente de las estrellas. Luego, pasó a integrar los hidrocarburos que se formaron en la superficie de la Tierra, para más adelante originar derivados oxigenados y nitrogenados, es decir, sustancias orgánicas simples. En las aguas del océano primitivo esas sustancias constituyeron cuerpos más complejos como las proteínas, que vinieron a ser el material del que se formaron los animales y los vegetales. En concreto, lo original de Oparin fue plantear la teoría de que dichos compuestos orgánicos fueron el resultado de descargas eléctricas sobre la atmósfera gaseosa compuesta de metano, amoníaco y agua. Muchos investigadores han tratado de reproducir en el laboratorio la tesis de Oparin sin tener éxito. La evolución química en los albores de la Tierra —es decir, la reacción e interacción de los gases y sus productos— está bien detallada en el libro *El origen de la vida* (1981), del norteamericano Clair Edwin Folsome.

Pero ¿cuánto tiempo transcurrió para que en este planeta se originara la vida, para que apareciera un ser con actividad propia? La aparición de la vida en la Tierra tampoco se hizo de sopetón, mediante un soplo mágico. Fue todo